

Más allá de la sociología histórica

«Sólo estamos interesados en el futuro, pero sólo conocemos el pasado. Es como conducir un automóvil mirando al retrovisor».

(PRUD'HOMME)

Antonio Ariño Villarroya

I. El estatus problemático de la sociología histórica



mediados de los años setenta, como ha afirmado Theda Skocpol, comenzó a florecer una «nueva sensibilidad» en las ciencias sociales: se revivían preocupaciones históricas de gran tradición, pero tanto en los métodos, como en las fuentes y en el repertorio temático se estaba produciendo un cambio cualitativo, que se traduciría durante los ochenta en un reconocimiento amplio de la sociología histórica (1991: 101-102). Y al contemplar las numerosas publicaciones que sobre el tema han aparecido en el lustro que llevamos transcurrido de la década de los noventa, podría corroborarse la tesis de Skocpol. Sin embargo, una lectura rigurosa del contenido de estos textos más bien nos sugiere, dado el tono predominantemente crítico, que nos hallamos ante la paradoja de un estatus ascendente pero problemático, refractario a la consagración. Los diversos autores que se han ocupado de ella más que reconocer sus pretensiones han tratado de evaluarlas, señalando sus insuficiencias y dificultades. Hetcher y Kiser (1991) sostienen que «no sería ni historia ni sociología» y que habría surgido como efecto de la ausencia de teoría en la sociología post-funcionalista, y para Goldthorpe (1991), que ha ironizado sobre sus ambiciosas ínfulas denominándola «gran sociología histórica» y denunciando el carácter endeble («tenue y arbitrario») de sus fuentes, reflejaría una «pérdida de nervio» de las ciencias sociales tras la crítica al positivismo. Saavedra (1993) ha señalado sus «extravíos», esencialmente la ausencia de los actores sociales y la hipertrofia estructural; Ramos (1994) analiza sus «problemas» básicos (necesidad y dificultad de articulación textual y metodológica de la narración, el análisis y la comparación), así como su «paradoja constitutiva» y «fructífera» (imposibilidad o alta improbabilidad de dicha articulación); Kalberg (1994) hace una recen-

sión de los principales «dilemas y problemas» (carencia de articulación entre agencia y estructura, irrelevancia del significado subjetivo de la acción, ausencia de explicaciones multicausales, de modelos hipotéticos, de metodología causal y de dimensión universal) y los contrasta con las soluciones weberianas. Finalmente, Dean (1994), en nombre de una «historia del presente» a lo Foucault capaz de ejercer una vigilancia y escepticismo perpetuos hacia las filosofías que prescriben un significado a la historia, critica las pretensiones sincréticas de Abrams y Giddens, rechaza su concepción «reductiva» de la agencia social y la insostenible «con-fusión» (*conflation*) entre los agentes humanos y las acciones de los individuos o personas. Por el contrario, los textos que asumen sin crítica el bagaje de la sociología histórica parecen ser minoritarios: Sztompka ha tratado de desarrollar, en diversas publicaciones (1991a, 1991b y 1994), lo que denomina «tercera sociología», capaz de integrar las aportaciones de la teoría de la agencia y de la sociología histórica; Stuart Hall y colaboradores en la serie *Understanding Modern Societies* (1992, 4 vols.) presentan una introducción comprensiva a la sociología donde tratan de integrarse las principales aportaciones efectuadas por el «revival» de la sociología histórica¹; y Somers y Gibson (1994) postulan una teoría sociológica fundada sobre la narratividad ontológica del ser social.

Pero el estatus problemático de la sociología histórica se funda también en otros indicadores. Así, la precisión de su estatuto disciplinar no puede resultar más desalentadora. A no ser que la identifiquemos sin más con la sociología comparativa o macrosociología, no aparece como tal en ninguno de los listados de grupos de trabajo y comités de investigación de las principales asociaciones sociológicas (véase Smelser, 1994). Algunos autores ni siquiera son partidarios de emplear dicha denominación: Wallerstein, actual presidente de la ISA, prefiere hablar de «ciencias sociales históricas» (1991: 102) y el vocabulario de Dean resulta oscilante, pero no oculta su preferencia por la expresión «estudios históricos críticos» (1994: 11). A ello se añade la existencia de un desacuerdo sustancial en torno a su alcance: mientras que Abrams (1982) habla de ella como el «elemento central» de toda sociología, Skocpol (1991: 106) sostiene que es un error

identificarla «con una única orientación epistemológica, teórica o metodológica». Banks (1989: 541) la considera poco más que una «técnica» para sociólogos y Hall (1989: 544) afirma, en cambio, que es una «especialidad discreta». En el número monográfico que la *Revista Internacional de Ciencias Sociales* dedicó al tema (1992) recibe la calificación de «disciplina». D. Smith, por su parte, unas veces habla de disciplina y otras de «campo intelectual», Wallerstein prefiere catalogarla como «empresa global» y Skocpol como «subcampo», Badie se refiere a ella como una «perspectiva» (1992: 349), Dean (1994: 21) como una «tentativa reflexiva», Saavedra y Ramos como una «corriente» (1993: 513; 1994: 8) y Leca como un «programa» (1992: 438). Técnica, disciplina, campo intelectual, subcampo, perspectiva, tentativa o programa... No parece posible menos unanimidad.

Este desacuerdo alcanza también a la nomenclatura de autores y obras representativas que deberían mostrar su repertorio más granado. Algunos críticos incluyen en sus listas a historiadores como Braudel y Thompson. D. Smith, el más depredador, implica también a Marc Bloch y al antropólogo E. Gellner. Otros, como Goldthorpe (1991), diferencian entre lo que considerarían una «auténtica» sociología histórica (M. Anderson y G. Marshall) y la discutible «gran sociología histórica» (Moore, Skocpol, Wallerstein, Mann, P. Anderson). Curiosamente no suelen hallarse inscritos en estos santorales algunos autores que han calificado más o menos explícitamente su empresa como tal, y especialmente destacarían entre ellos el caso R. Williams².

A la luz de la situación descrita (estatuto problemático tanto por falta de reconocimiento como por ausencia de homogeneidad interna) y teniendo en cuenta que aquellos autores que aparecen reiteradamente en todas las listas no se muestran muy de acuerdo sobre la denominación de su empresa, e incluso sobre sus características sustantivas, podría sospecharse que nos encontramos ante una identidad más otorgada que asumida. De hecho, en términos muy globales, pueden diferenciarse al menos dos orientaciones básicas: hibridación y co-fusión. Por un lado, una sociología histórica que se ocupa de los procesos de formación de las instituciones, relaciones sociales y formas de vida de la modernidad y que para ello necesita

recurrir a la evidencia empírica del pasado; por otro, una propuesta de carácter más teórico que sostiene la necesidad de cofusionar historia y sociología. La primera orientación no debería plantear objeciones serias en torno a su legitimidad, aunque se trata obviamente de una empresa amenazada por graves dificultades (vigilancia epistemológica, pertinencia y adecuación de la evidencia). La segunda, en cambio, resulta implausible, pero nos ayuda a ver mejor que la primera qué es lo que está en juego en las ciencias sociales de las últimas décadas. Refleja mejor el cambio que se ha producido tras la quiebra del positivismo y el funcionalismo: el giro hermenéutico, de un lado, pero también, de otro, un giro histórico, que ocupará nuestra atención en estas páginas.

Nuestro argumento se desarrollará en dos partes: en primer lugar mostraremos que si bien historia y sociología no son «incomensurables» puesto que en aspectos importantes se interpenetran y confunden sus territorios, tampoco son coextensivas. Las posibilidades y necesidades de aproximación a una realidad compleja no se reducen ni simplifican porque reconozcamos que sociología e historia comparten el objeto y que la discriminación de estatutos en función del eje ideográfico/nomotético resulta anacrónica a la luz de lo que hacen tanto los historiadores sociales como los sociólogos históricos. Por el contrario, debemos reconocer que hay formas de investigación histórica que son irreductibles a la historia analítica (y formas de practicar la sociología irreductibles a la teoría sociológica). Abordaremos esta cuestión partiendo de la polémica generada recientemente por un artículo de Goldthorpe y retomando la relación entre historia y sociología en el punto en que la planteó Durkheim. Ahora bien, si concluimos que la co-fusión resulta implausible por irreductibilidad, ¿en qué queda este proyecto de alcance más radical? Esta será la cuestión que nos ocupe en segundo lugar: trataremos de mostrar que ese río, si se nos permite la metáfora, que es la sociología histórica y que se alimenta de diversos manantiales, flujos y corrientes puede ser interpretado como el principal indicador¹ del giro histórico en las ciencias sociales y como el lugar crucial donde mejor puede calibrarse y dilucidarse la pertinencia de dicho giro.

II. Las relaciones entre historiografía y sociología

Muchos sociólogos pondrían en duda que tanto la utilización de la historia por la sociología como la existencia de una sociología histórica entendida como sociología de los procesos de larga duración y del cambio social son prácticas científicas legítimas y necesarias. Los reparos y protestas harán referencia a la prudencia, esmero y prevención con que deberá desarrollarse la empresa, pero no a su deslegitimación *in toto*. Lo que debe resultar extraño, en tan irónico clima, es el tono de una polémica como la reproducida en las páginas de la *British Journal of Sociology* (1994), con la consiguiente confusión y el inadmisiblemente desentendimiento de los argumentos del oponente.

II.1. Goldthorpe y la concepción anacrónica de la historia

En el citado artículo de 1991 Goldthorpe afirmaba (1991: 211-212) que su propósito era rebatir la tesis de Giddens y Abrams, según la cual la distinción entre historia y sociología carece de sentido². Sin embargo, toda su descarga posterior de artillería se centraba sobre la «gran sociología histórica», ejemplificada por B. Moore, con el fin de mantener la distinción disciplinar entre historia y sociología. Ninguno de los autores que respondieron a este ataque (Bryant, Hart, Mouzelis y Mann) rechazaron dicha distinción. Sin embargo, la acritud del tono, el uso de expedientes *ad hominem* y la reiteración en su réplica por parte de Goldthorpe de idénticos argumentos y sutilezas (la distinción entre ideográfico y nomotético es de *énfasis* y no de principio; la sociología dispone de *mejor* evidencia empírica, pero no por ello es *superior* a la historia) indican que nos encontramos ante un diálogo frustrado, que pasó en silencio sobre una problemática crucial apuntada por Bryant: la cuestión ontológica.

La distinción entre historia y sociología se fundaría, según Goldthorpe, en un doble aspecto: por un lado, seguiría siendo pertinente la discriminación entre ideográfico y nomotético,

siempre que sea tomada como una diferencia de *énfasis* y no de principio. Por otro lado, y más fundamentalmente, ambas disciplinas difieren en la naturaleza de la evidencia sobre la que se fundan. Mientras que la historia se apoya en vestigios, porque sólo a través de ellos tenemos acceso al pasado, la sociología se basa en datos. Los vestigios son finitos e incompletos, los datos pueden ser creados a discreción del investigador. Esta diferencia tiene consecuencias decisivas para el uso de la historia en sociología, pues dada la naturaleza de los vestigios y la dificultad de manejar de forma sistemática fuentes primarias para el estudio de largos procesos, la relación entre evidencia y argumentación tenderá a ser tenue y arbitraria hasta niveles inaceptables (1991: 222). De esta manera, Goldthorpe sólo parece encontrar dos usos razonables para la historia en sociología: *a*) como «categoría residual» que obliga al sociólogo nomotético a reconocer los contextos y límites de su análisis; y *b*) como técnica auxiliar para entender el cambio social «cuando éste sea históricamente definido», es decir con fechas y lugares (1991: 216).

No es nuestro propósito abordar aquí un análisis de las cuestiones directamente planteadas por Goldthorpe⁵, sino más bien señalar que todo su planteamiento descansa en una definición implícita más bien pobre del objeto de ambas disciplinas. El historiador, nos dice, basa su evidencia en vestigios porque su objeto es el pasado, mientras que el sociólogo funda su evidencia en datos porque su objeto es preferentemente el presente⁶. Pero, como pregunta y se responde Mann (1994: 40), ¿por qué no ha de ocuparse del pasado también la sociología? ¿Por qué la historia debería abordar sus temas más ideográfica que nomotéticamente? «El pasado no es más intrínsecamente particular que el presente». Y como sostuvo Braudel, «la historia puede incluso considerarse como un cierto estudio del presente» (1991: 85).

La historiografía moderna, trátase de la escuela de *Annales*, de los historiadores marxistas británicos o de otras corrientes, definen la historia como «ciencia de los hombres en el tiempo» (Bloch, 1956)⁷. Por su parte, los sociólogos históricos difícilmente cuestionarían una definición que considerase a su empresa como «la ciencia de la sociedad en el tiempo». Esta convergencia en la definición del objeto conlleva coincidencias inevitables en el planteamiento de

preguntas, en la formulación de hipótesis, en el uso de fuentes y de técnicas de análisis, en la metodología y hasta en la retórica. Dicha confluencia, como dice Smelser (1994: 15), «desdibujó» unas fronteras que habían permanecido nítidamente trazadas y férreamente defendidas desde finales del siglo XIX. En consecuencia, no es extraño que se genere cierta confusión y dificultad en la clasificación o categorización de determinadas obras y autores. Pero, ¿quedará abolida, por ello, la distinción entre historia y sociología? La respuesta sólo puede ser afirmativa si se tiene una visión reduccionista tanto de los usos de la historia como de la sociología y de las formas como estos saberes están organizados y son practicados de hecho⁸.

No es éste el momento de hacer una sociología histórica de las ciencias sociales (tarea sin duda pendiente), pero nos parece indispensable, al menos, señalar algunos de los principales usos sociales de la historia para mostrar que dicha diversidad no puede ser reducida a una forma concreta de historiografía, que las definiciones canónicas también son contingentes y que difícilmente serán absorbidos tales usos por una empresa sincrética por más englobante que sea. Una vez esclarecida esta cuestión, creemos que podrá plantearse en otros términos el verdadero problema de fondo: la ontología del ser social.

II.2. El imperialismo sociológico durkheimiano y la irreductibilidad de la historia

Para abordar esta problemática conviene evocar uno de los momentos más dramáticos y apasionantes de la relación entre historia y sociología. Durkheim ha llegado a la Sorbona para disfrutar de la primera cátedra de sociología con el propósito de afirmar su estatus académico. Desde allí entra en polémica con los más inmediatos rivales, los historiadores, destacando entre ellos por su posición Charles Seignobos. Pero aunque el combate pueda ser descifrado como una estrategia de defensa corporativista, destaca esencialmente la definición polémica del estatuto científico de ambas disciplinas. Como es sabido, ésta fue una preocupación central de la obra de Durkheim.

En este contexto, la sociología durkheimiana se propuso como tarea explícita anexionar las regiones de saberes constituidos que pudiera

explotar, objetivo que quedó plasmado en la forma de organización en subdisciplinas de *L'Année Sociologique*. La revista mostraba la pretensión de la sociología de legislar en todos los aspectos de la vida humana en sociedad, de ser el *corpus* o el sistema de las ciencias sociales (AAVV, 1986: 28). En este proyecto, la historia era una de las disciplinas auxiliares indispensables, uno de los pocos medios con que contaría el sociólogo para poner a prueba sus hipótesis.

Pero ¿de qué historia se trataba? Desde luego, la historia, tal y como era practicada habitualmente, no podía ser considerada por Durkheim más que como una disciplina subordinada a la sociología: para los historiadores la recolección y el establecimiento correcto de los hechos, para los sociólogos la comparación, la interpretación y la búsqueda de regularidades. El conocimiento histórico podría convertirse en ciencia si superaba el nivel de lo individual (incluida la individualidad nacional), si establecía comparaciones entre diversas sociedades, pero a partir de ese momento perdía su identidad y se confundía con la sociología. Afirma Durkheim en la introducción a *L'Année*:

«La historia no puede ser una ciencia más que en la medida en que compara, y no se puede explicar más que comparando. Pero desde que compara se convierte en indistinta con la sociología.

La historia no puede ser una ciencia más que a condición de elevarse por encima de lo individual; es verdad que entonces deja de ser ella misma para convertirse en una rama de la sociología. Se confunde con la sociología dinámica. No puede permanecer como disciplina original más que si se limita al estudio de cada individualidad nacional, tomada en sí misma y considerada en los diversos momentos de su devenir. Pero entonces no es más que una narración cuyo objeto es ante todo práctico. Su función es la de colocar las sociedades en situación de recordar el pasado. Es la forma eminente de la memoria colectiva. La historia científica o sociología no puede evitar la observación directa de los hechos concretos y, de otro lado, la historia nacional, la historia como arte, no puede más que ganar dejándose penetrar de los principios generales a los cuales llega el sociólogo.

La historia, en el sentido usual de la palabra, es a la sociología lo que la gramática

latina o la gramática griega o la gramática francesa, tomadas y tratadas por separado, son a la ciencia nueva que toma el nombre de lingüística comparada» (ver en AAVV, 1986: 28).

Para Durkheim el objetivo ideal no era, pues, una división del trabajo entre historiadores y sociólogos: mejor que el sociólogo se hiciera historiador para tener un conocimiento «directo» de los hechos sobre los cuales habría de apoyarse, consigna que, desde luego, fue tomada en serio por algunos de sus más fieles e inmediatos discípulos. Puestas así las cosas, la sociología durkheimiana no deja ningún territorio para una *ciencia* de la historia (AAVV, 1986: 29), pero no por ello se agotan sus funciones. Durkheim, en el párrafo precedente, señala dos: una función social práctica como memoria colectiva y una función auxiliar al servicio del sociólogo.

En esta misma línea, en 1934 reconocía Bouglé que por más progresos que realizara la sociología nunca llegaría a hacer inútil el relato histórico, porque «el historiador tendrá que señalar siempre clasificaciones y conjeturas que el sociólogo será impotente de explicar mediante una ley general» (en Febvre, 1986: 224). Como acertadamente se quejó Febvre, los durkheimianos sólo dejaban para los historiadores los residuos: «la paginación cronológica», «el relato» (1986: 224), pero hay que añadir que al menos se veían obligados a dejar eso. La reacción de la escuela de los *Annales* consistió precisamente en combatir una historia «batalla» y «acontecimental», plagada de fechas y hechos, en mostrar la complejidad del tiempo histórico, en plantear hipótesis y formular problemas, en ampliar el objeto y las fuentes, en hacer una historia analítica, explicativa y comparativa. Como afirma Braudel de forma expresiva en el interesante ensayo «Historia y Sociología» de 1958, «en el plano de la historia de larga duración, historia y sociología no se encuentran, no se respaldan, lo que sería mucho decir: se confunden» (Braudel, 1991: 99). Curiosa paradoja: aquí encontramos de nuevo el proyecto durkheimiano, sólo que en el campo de la historiografía. Y, sin embargo, páginas antes el mismo Braudel habrá reconocido «la multiplicidad actual y fundamental de la historia» (Braudel, 1991: 88)⁹. El acontecimiento y el carisma no se desvanecen, tan sólo cambian de posición, y

entonces emerge la microhistoria a lo Ginzburg (1981) y el *kairós* transformacional a lo Wallerstein (1991).

Teniendo en cuenta estos avatares, y si dejamos de lado el imperialismo durkheimiano, parece legítimo preguntarnos qué diferenciaría a su «sociología dinámica» de la moderna sociología histórica o de los logros más relevantes de la escuela historiográfica de los *Annales*. La propuesta de Elías, al final de su libro *Sobre el tiempo*, de una «sociología de los desarrollos de largo alcance» que salte por encima de los períodos clásicos de los historiadores narrativos (1989: 203-ss.) y la llamada de Braudel (1969) a un acuerdo entre las distintas ciencias sociales que «debería hacerse (...) sobre la larga duración, ese camino esencial de la historia, no el único, sino aquel que plantea por sí solo todos los grandes problemas de las estructuras sociales, presentes y pasadas», definen bien el giro que se ha producido desde finales de los sesenta: la necesidad tanto por parte de los sociólogos como de los historiadores de abordar largos procesos y grandes estructuras (Tilly, 1991) para comprender nuestro presente. Como ha señalado Mann, en este marco pueden discernirse tres formas de hacer sociología histórica: *a)* estudiar las condiciones que generan las instituciones modernas, *b)* establecer comparaciones, *c)* analizar proposiciones generales acerca de las comunidades humanas (Mann, 1994: 39). Que dichas metas se las plantee un sociólogo o un historiador debería resultar irrelevante, aunque como es sabido la socialización disciplinar del primero le inclinará hacia la teoría y la del segundo a la descripción compleja con una fidelidad insobornable hacia los hechos.

¿Resultan abolidas por ello las demás funciones de la historia? Desde que existe escritura, y puede que desde antes, las sociedades humanas se han visto en la necesidad de fechar, de elaborar calendarios y cronologías, de ordenar y codificar los acontecimientos; hoy las dimensiones de la temporalidad pueden ser más diversas y la comprensión de la heterogeneidad de períodos más sofisticada, porque a mayor complejidad social, también se precisan mayores requisitos de ordenación y coordinación temporal y se hacen más preguntas al pasado, pero sigue siendo necesario fechar, construir secuencias y ciclos. Desde que existe escritura y estados, las sociedades han cons-

truido relatos de su propio pasado para legitimar su identidad, han elaborado narraciones y tramas para «articular, precisar y ensanchar la conciencia histórica que asegura la identidad» (Habermas, 1981: 227); dichos relatos pueden haberse vuelto más argumentativos y discursivos, pero siguen desempeñando una función práctica, asertiva, legítimamente, en relación con la vida social. Desde que existen desigualdades sociales, los grupos marginales y dominados han cuestionado las narraciones y tradiciones dominantes mediante la *memoria passionis*, el recuerdo peligroso, la reconstrucción de la historia como diría Benjamin desde la perspectiva de los vencidos. No se trata de negar la irreversibilidad, porque nunca regresaremos a sociedades precapitalistas, sino de practicar una historia crítica, como técnica o herramienta para el cambio social (Fontana, 1982: 261), como «recordatorio de las necesidades, expectativas y códigos» del pasado que pueden ensanchar las posibilidades de nuestra naturaleza en el presente (Thompson, 1995: 28). Porque si la modernidad generó una demanda incrementada de reflexividad histórica (comprensión de la historia pasada para hacer nuestra propia historia) (Giddens, 1987: 223), en la medida en que queramos no sólo controlar las condiciones de la reproducción social, sino hacer frente a la complejidad de nuestra naturaleza, se requiere más comprensión histórica.

En síntesis, si la historiografía analítica, la moderna historia científica, no suprime dichas funciones prácticas sino que las enriquece y las vuelve más sofisticadas mediante la argumentación y el discurso, ¿cómo podría hacerlo la sociología? Pero, además, una vez superada la idolatría de los documentos escritos, la concepción volcánica del devenir histórico y una historiografía carismática en la que sólo contaban los héroes y los eventos, podemos preguntarnos si el relato o la narración sólo sirven para la cronología, pintar escenas del pasado y legitimar la memoria nacional o, por el contrario, como sostienen determinados teóricos, la narración y la historicidad son rasgos constitutivos del ser social y, por tanto, deben ser tomados legítimamente como formas de conocimiento. Si la respuesta fuese afirmativa, desde luego, la problemática tradicional entre narración-análisis, arte-ciencia, evento-proceso debería retomarse en otros términos.

III. El giro histórico de las ciencias sociales

Como hemos visto, es posible y razonable identificar la sociología histórica con una empresa centrada en el análisis del cambio social y los procesos de larga duración. En algunos casos esta empresa no se propone la creación de un nuevo paradigma teórico y analítico, sino tan sólo aproximar y mezclar dos disciplinas para hacer más fecundos sus análisis, en breve, practicar la interdisciplinariedad. Pero desde nuestro punto de vista, identificar la sociología histórica sólo con esta «corriente» resultaría reduccionista porque la desconectaría y separaría de los desarrollos que se están produciendo en el ámbito de la teoría sociológica, fundándose precisamente en los cambios experimentados tanto por la historiografía como por la sociología de los años setenta y que implican un giro histórico en las ciencias sociales. En las páginas siguientes tan sólo esbozaremos a grandes trazos los postulados de este giro, evaluando algunas de sus implicaciones y consecuencias.

Una sensibilidad acerca de la problemática del tiempo siempre ha estado más o menos presente en las ciencias sociales. Pero hasta fechas recientes se ha tratado justamente de una sensibilidad consciente de las carencias, más que de un programa diseñado con el propósito de explorar sistemáticamente sus posibilidades. Este programa, que, como ha señalado Ramos (1992), desborda con mucho los límites de una sociología del tiempo, se propone una renovación de la ciencia social basándose en el carácter constitutivo de la temporalidad¹⁰.

Marc Bloch en su *Introducción a la historia* ya había afirmado que «el tiempo es el plasma mismo en que se bañan los fenómenos y algo así como el lugar de su inteligibilidad» (1952: 25). Por las mismas fechas Julián Marías, discípulo en esto de Ortega, formulaba sintéticamente esta dimensión ontológica y sus consecuencias epistemológicas: «La sociedad no es separable de la historia; su modo de existir es existir históricamente, y no sólo en el sentido de estar en la historia, sino en el de “hacerse” y constituirse en el propio movimiento histórico» (Marías, 1993: 23). Esta tesis subyace, aunque no siempre explorada de una forma muy

sistemática, en las diversas corrientes de la sociología histórica, así como en la sociología del tiempo y en gran parte de la teoría sociológica de los años ochenta y noventa.

Sztompka (1991a, 1991b y 1994) ha tratado de sintetizar y extraer la aportación de la sociología histórica en lo que denomina *coeficiente histórico*: es decir un conjunto de asunciones ontológicas que emergen como fundamento común de esta multiplicidad de enfoques. Dichas asunciones podrían resumirse del modo siguiente: la realidad social no es un estado constante, sino más bien un proceso dinámico (ocurre más que existe y está compuesta de eventos más que de objetos, porque el tiempo es un factor inmanente de la vida social), el cambio social resulta de la confluencia de múltiples procesos con varios vectores (en parte solapándose, en parte convergiendo, apoyándose o destruyéndose mutuamente), la sociedad no es una entidad, objeto o sistema, sino una red fluida de relaciones (saturada de tensión tanto como de armonía, de conflicto tanto como de cooperación), la secuencia de eventos dentro de cada proceso social es tratada como acumulativa (en cada momento histórico se abre un determinado campo de oportunidades y opciones delimitado por su pasado), el proceso social es creado por los agentes humanos —individuales o colectivos— mediante sus acciones, aunque ello no significa que construyen la sociedad a voluntad, sino en unas determinadas condiciones heredadas del pasado (construidas por sus predecesores) y, por tanto, existe una dialéctica de las acciones y las estructuras.

Esta forma de ver no sólo comportaría una superación de la vieja dicotomía entre continuidad y cambio, estático y dinámico, sincronía y diacronía, sino que convergería con el legado de las teorías de la agencia, para producir una imagen de la sociedad como «un proceso dinámico en que la gente, mediante sus propias acciones, persistentemente produce y reproduce el contexto de su existencia, las estructuras sociales, que más tarde se convierten en condiciones iniciales —constreñidoras o posibilitadoras— para futuras acciones», y una imagen de la vida social como «un proceso de emergencia estructural vía acciones, y de tensión entre acciones y estructuras como la última fuerza motriz del proceso» (1991b: 26-27).

Si Sztompka ha subrayado la aportación del coeficiente histórico, Somers y Gibson (1994)

desarrollan y exploran el concepto de narratividad. Un análisis de la historia de la sociología nos muestra que ésta definió su estatuto rechazando las narrativas representacionales como el «otro epistemológico» que permitía instaurar su identidad¹¹. Esta forma de afirmación no fue neutra e inocua, produjo una lógica naturalista de la sociedad y una visión abstracta e individualista del actor social. Pero dado que «la vida social está historiada (*storied*)» y esta narrativa constituye una condición ontológica suya, sólo incorporando al propio centro de la concepción de identidad «las dimensiones de tiempo, espacio y relacionalidad» nos encontraremos ante una ontología adecuada para explicar la acción social (1994: 38). La vida social, las organizaciones sociales, la acción social y las identidades sociales existen narrativamente, esto es, están temporal y relacionalmente construidas mediante narrativas ontológicas y públicas (1994: 63)¹². Para dar cuenta de todo ello adecuadamente se requiere no una narratividad referencial, sino conceptual, es decir un «análisis explicativo narrativo» que nos guía en la búsqueda de «la mejor justificación posible» (1994: 84, n. 41).

Entre las aportaciones teóricas de distintos autores que abundan en estos postulados (Giddens, Abrams, Passeron, Wallerstein, Ramos, Sewell, Navarro o Bryant) pueden destacarse dos aspectos relevantes para la profundización en la ontología temporal del ser social: por un lado, una crítica del concepto usual de tiempo y una tentativa de explorar su pluralidad; por otro, una concepción más radical y fluida del objeto de la sociología. Ambos aspectos se abordan en bastantes casos con un lenguaje que no deja de ser tentativo, titubeante, impreciso, metafórico y a veces oscuro.

Pese a que parece difícil encontrar algún científico social dispuesto a negar la contingencia de los fenómenos sociales, determinadas corrientes y sobre todo la teoría funcionalista de la modernización han tendido a explicar los desarrollos históricos en términos de correlaciones de variables que se supone son válidas de una forma universal y transhistórica (Mouzelis, 1994: 32). En este enfoque el material historiográfico tendría poco más que una función decorativa. En contrapartida, la sociología histórica nos ha enseñado no sólo a utilizar instrumentalmente la investigación histórica, sino también como correctivo frente a tal universalismo estrecho. Pero debe añadirse de inme-

diato que la contingencia no constituye ninguna peculiaridad exclusiva de la vida social¹³ y, por tanto, en este plano la aportación sería escasa si no banal.

La crítica principal que han dirigido todos estos autores se ha orientado a censurar el carácter extrínseco del concepto usual de tiempo al entenderlo ante todo como contexto exterior, como entorno, como una de las coordenadas o marcos limitantes de la acción social, cuando resulta ser una propiedad ontológica, constitutivo e intrínseco a la vida social. «El *cuándo* y *dónde* ocurre algo son dimensiones fundamentales para establecer una comprensión de *qué*, *cómo* y *por qué*, fundamental para establecer el flujo continuo de la agencia humana» (Bryant, 1994: 10; Tilly, 1991b: 29; Sztompka, 1994: 44-45).

La reflexión sobre la temporalidad ha llevado también a una crítica del acontecimiento (las acciones humanas no deben ser entendidas como eventos episódicos o sucesos discretos, sino como procesos de duración compleja) y a una disección de las múltiples formas del tiempo. Como es conocido, Braudel en su famoso ensayo de 1958 estableció la distinción clásica entre un tiempo episódico, un tiempo coyuntural y la *longe durée*, a cada uno de los cuales correspondería una forma de hacer historia (*événementielle*, *conjuncturelle* y *structurelle*). Siguiendo a Braudel y tratando de elaborar un concepto sintético de «TiempoEspacio», Wallerstein ha discernido cinco categorías: episódico geopolítico, cíclico-ideológico, estructural, eterno y transformacional (o momento propicio para el cambio histórico) (1991: 135-148). Giddens (1984)¹⁴ o Sztompka (1994) han abundado en este propósito; y Ramos (1992) ha esbozado una teoría de «la dualidad» del tiempo insinuando la fertilidad que de ello se derivaría para la ciencia social.

Ahora bien, con ser importantes las aportaciones que hasta aquí se han reseñado, quedarían empobrecidas si no las insertáramos en el marco de una reflexión sobre las condiciones constitutivas del ser social. En este contexto, las sociologías que incluyen la temporalidad como una propiedad ontológica y la combinan con una teoría de la agencia tienden a definir el objeto de la sociología de una forma que podríamos designar como fluida y escurridiza. Donde antes encontrábamos hechos, instituciones e incluso relaciones, ahora hallamos *figura-*

ciones (Elias); se habla del *structuring* social (Abrams), del *habitus* (Bourdieu), de las *estructuras virtuales* (Giddens), de la *morfogénesis* (Archer), del *social becoming* (Sztompka). Los sucesos sociales no sólo fusionan individualidades y totalidades, persistencia y cambio, sino también actualidades y potencialidades¹⁵.

Postular una tal ontología del ser social y analizarla con detenimiento no es un mero ejercicio de diletantismo filosófico. Resulta imprescindible, sostienen los autores citados, porque en ella se determina el modo de su inteligibilidad¹⁶. Es decir, que tanto la epistemología como la metodología deberán ser congruentes con dicha interpretación. La precisión de las consecuencias que deben derivarse de este aserto, más allá de la común apelación genérica a la necesidad de los métodos genéticos o las regresiones causales y la comprensión histórica, está sometida a discusión y al analizar la producción sustantiva de los sociólogos históricos puede comprobarse el alto grado de discrepancia que hay entre ellos (véase Ramos, 1994).

En contra de la tesis precedente, Goldthorpe sostiene que hay que diferenciar entre tiempo histórico y tiempo analítico (1994: 62). Y Sewell, al revisar la obra de Thompson (1990), cuestiona esta derivación mecánica y unilineal de postulados epistemológicos a partir de una determinada ontología. La narración no es la única forma susceptible de dar cuenta de la vida social en el tiempo. El análisis sincrónico no sólo resulta posible, sino necesario para comprender y explicar las relaciones sociales (1990: 58)¹⁷. La argumentación de Sewell, en principio, parece inuestionable. Sin embargo, a nuestro juicio, existe una ausencia de definición de qué se entiende por narración, en primer lugar, y, en segundo, una ausencia total de diferenciación entre dos problemáticas bien distintas: no es lo mismo la forma de análisis de un fenómeno (metodología pragmática) que la forma de su presentación (retórica). La narratividad puede hacer referencia tanto a un plano como al otro, pero significa cosas diferentes en cada uno de ellos y los postulados ontológicos mantienen grados de determinación o conexión distinta según se trate de uno u otro.

No podemos abordar aquí en extenso dicha cuestión. Será suficiente con señalar que en una época posnarrativa (véase Danto, Habermas, Metz, Ricoeur, Topolsky) es posible una definición más compleja de narración y es igualmente

posible una reinterpretación de su relación con la ciencia, así como su recuperación tanto retórica como analítica. Entender la narración meramente como «la organización de la materia según el orden continuo de la cronología y en poner la imagen a punto de tal manera que por la convergencia de los hechos, lo narrado se presente sin solución de continuidad, aunque haya intrigas secundarias» (Stone, 1983: 92) no sólo supone reducir la narración a su modo representacional, sino incluso utilizar un concepto de narración literaria estrictamente premoderno (donde no tendrían cabida el experimentalismo, el relato objetivo, la autonegación del narrador, la metanovela y otras formas de fractura del relato tradicional). Somers y Gibson (1994) han distinguido entre una narración representacional y una narración conceptual¹⁸ y Habermas (1981) mostró ya hace tiempo que una historia analítica y sociologizada supone ciertamente un cambio en el tipo de historiografía, pero no la destrucción de su marco categorial narrativo. Por el contrario, la crítica a la historia episódica y «batalla» y la emergencia de la historia social, analítica y estructural, resulta organizada «de un modo más narrativo que antes», porque permite aflorar la función explicativa de la narración y no sólo meramente descriptiva (1981: 194)¹⁹.

IV. Conclusión: ¿Un nuevo paradigma sociológico?

Si la interpretación que hemos realizado de la sociología histórica y del giro histórico en las ciencias sociales es correcta, podría concluirse que, en realidad, no estamos, como pretenden algunos de los protagonistas de esta historia, ante una disolución (co-fusión) de la historiografía y de la sociología, porque ni la historia es tan ideográfica como se sostenía (hay una historia analítica, no puede identificarse narración con ideografía), ni la sociología es tan teórica y neutra como pretende. Nos encontramos más bien ante la emergencia de un nuevo paradigma en el campo sociológico, que se sustenta sobre la aserción de la temporalidad como la propiedad ontológica central de la realidad social.

Esto significa que interpretamos el concepto de paradigma, en un sentido laxo, como un conjunto de presunciones ontológicas, epistemológicas y metodológicas, que determinan cómo se define la naturaleza del ser social, cuáles son las unidades básicas de análisis y cómo se relacionan entre sí (Blaikie, 1993: 155; Boudon, 1992: 21). Dentro de cada paradigma pueden coexistir corrientes relativamente diversas, porque existen también posibilidades diferentes de exploración de dichos postulados y aún más posibilidades diversas de presentación de los resultados obtenidos en la investigación. Desde este punto de vista, la diversidad no tendría por qué ser en principio un signo de inmadurez.

Pero, como se ha mostrado, hay múltiples indicios de que la sociología histórica se encuentra en una fase embrionaria de su desarrollo: tanto el vocabulario, como la metodología y la teoría necesitan mayor afinamiento y precisión. Por otro lado, se requiere mayor investigación empírica fundada en los postulados del paradigma para someter a prueba su pertinencia, explotar sus virtualidades y depurar sus defectos. Sin embargo, tampoco estamos ante una mera promesa: los logros son múltiples y afectan a los campos más diversos: instituciones, relaciones sociales, formas de vida. El espectro temático se encuentra en constante ampliación. Y le anima el propósito digno de conquistar para las sociedades una mayor reflexividad.

NOTAS

¹ Se trata de una serie de cuatro volúmenes, utilizada por la Open University como libro de texto introductorio a la sociología. Está formada por: HALL, S., y GIBEN, B. (1992), *Formations of modernity*, Polity Press; ALLEN, J., BRAHAM, P., y LEWIS, P. (1992), *Political and Economic Forms of Modernity*, Polity Press; BOCOCK, R., y THOMPSON, K. (1992), *Social and Cultural Forms of Modernity*, Polity Press; HALL, S., HELD, D., y MCGREW, A. (1992), *Modernity and its Futures*, Polity Press.

² Williams no es el único. Muchos otros autores han trabajado con un enfoque histórico y lo han aplicado a temas concretos. Por ejemplo, G. Rosen a la locura, B. Turner al cuerpo, A. Smith al nacionalismo, N. Abercrombie a la ideología, etc. Acerca de un pionero como N. Elias y su conexión con la sociología histórica puede consultarse el sintético y cabal artículo de RAMOS (1994).

³ Decimos indicador principal y no único porque el giro histórico es bastante más amplio que la sociología histórica y puede detectarse en muchos otros ámbitos. Piénsese en cómo el giro hermenéutico y toda la problemática de la

reflexividad incorporan el tiempo en el proceso de constitución de los objetos, pero también en las aportaciones, por ejemplo, de la sociología de las edades al ayudarnos a discernir cómo se cruzan efectos de período, de ciclo vital y de cohorte, estructuras, coyunturas y biografías.

⁴ Desde 1979, al plantear la crítica contra el positivismo y el funcionalismo y enfatizar la importancia de la temporalidad en la teoría social, Giddens viene insistiendo en que no hay razón para distinguir entre sociología e historia. La formulación más desarrollada de esta tesis puede encontrarse en la obra póstuma y manifiesto de Ph. Abrams donde se sostiene que tanto la sociología como la historia abordan la problemática del *structuring* social, es decir, de la interpenetración entre agencia y estructura y se esboza lo que podríamos denominar una sociología del proceso. Giddens no ha dejado de insistir en esta idea con posterioridad, y así en *Social Theory and Modern Sociology*, en el marco de una revisión de la polémica entre Thompson y Anderson, concluye de la forma siguiente: «Desde mi punto de vista, no existe una distinción entre los métodos de investigación de que disponen los historiadores y los sociólogos, o las formas de conceptos que pueden y deben emplear. Si existe una distinción entre historia y sociología, no puede ser algo que tenga que ver con el tiempo, a menos que sostengamos la tesis carente de interés de que los sociólogos se ocupan del presente y los historiadores del pasado. No puede ser algo que tenga que ver con cómo debe ser conceptualizada la agencia o las instituciones sociales. No se puede decir ni siquiera que tal distinción pueda fundarse sobre una mirada detallista en la observación y descripción del comportamiento humano que sería necesaria para el historiador, pero que el sociólogo puede permitirse rechazar. Como he indicado, el detallismo necesario en un estudio particular y el tiempo de detalle dependen de los objetivos de la investigación en cuestión y no es algo que pueda fundar una distinción entre dos tipos de disciplina o dos tipos de conceptualización» (GIDDENS, 1987: 224).

Similar parece ser la posición de Wallerstein: hay que superar la multidisciplinariedad que propuso *Annales* en su época de apogeo. «Las ciencias sociales históricas son una disciplina única y no hay justificación para el conjunto existente de categorizaciones que llamamos "disciplinas" de las ciencias sociales. Aunque haya razones heurísticas para dividir las ciencias sociohistóricas en subdisciplinas, existe poco fundamento para creer que estas subdisciplinas deben utilizar los "nombres" imperantes en la actualidad» (1991: 225).

⁵ Goldthorpe ignora olímpicamente las dificultades con las que tropieza el científico social que trabaja sobre el presente para acceder a los datos que serían pertinentes. Por ejemplo, contamos con un buen número de monografías antropológicas basadas en observación participante de asociaciones festivas, ¿cuántas hay de juntas de accionistas de grandes empresas o de las relaciones sociales en urbanizaciones de lujo? El sociólogo no se encuentra en mejor situación que el periodista para acceder al conocimiento del uso de los fondos reservados o las organizaciones secretas. Además, en un estado moderno existen infinidad de fuentes cuyo conocimiento sería necesario para esclarecer la lógica del poder y las estrategias económicas, que no se harán públicos hasta pasado un cierto tiempo si es que no se destruyen previamente.

⁶ En su réplica de 1994 discute esta imputación explícita que le hace Mann, pero los textos de las páginas 213-214 no dejan lugar a dudas de su encastillamiento: «el historia-

dor trabaja en el pasado, mientras que los sociólogos *pueden también* trabajar en el presente —nos dice—» (GOLDTHORPE, 1994: 214).

⁷ Thompson dirá que «es el análisis de las formaciones sociales en todas sus relaciones» (1981: 79 y 237) y Pierre Vilar la define como «ciencia del todo social y no de tal o cual parte, ciencia del fondo de los problemas sociales y no de sus formas, ciencia del tiempo y no del instante o de la sola actualidad» (1981: 42).

⁸ Fácilmente nos olvidamos de aplicar a nuestra propia práctica lo que tomamos como un teorema incuestionable: que las definiciones de la situación (en este caso sería la división del trabajo entre las ciencias y disciplinas) tienen efectos reales. Como mínimo, aunque no sólo, efectos de socialización disciplinar.

⁹ «Difícilmente —dirá Braudel— los libros y artículos señalados expresan la multiplicidad actual y fundamental de la historia, y, sin embargo, se trata de lo esencial. El movimiento profundo de la historia de hoy día, si no me equivoco, no consiste en elegir entre caminos y puntos de vista diferentes, sino en aceptar, agregar esas sucesivas definiciones en las que en vano han tratado de encerrarla. Pues todas las historias son nuestras» (1991: 88).

¹⁰ Giddens ha distinguido entre temporalidad e historicidad. Mientras la *temporalidad* se entendería como un sentido general para la experiencia social de la duración, la *historicidad* haría referencia al sentido peculiarmente moderno de la linealidad irreversible y el cambio (McLENNAN, 1990: 132).

¹¹ Para esta cuestión del «otro epistemológico» resulta imprescindible el libro de LEPENIES, Wolf (1988), *Between Literature and Science: the Rise of Sociology*, Cambridge University Press.

¹² «El *self* y los propósitos del *self* son construidos y reconstruidos en el contexto de relaciones internas y externas de tiempo, lugar y poder que están constantemente en flujo» (1994: 65). «La gente es guiada a la acción por las relaciones en que se encuentran insertos y por las historias con las que se identifican —y raramente mediante los intereses que nosotros les imputamos—. Frente a las teorías de la elección racional (sujetos guiados por el autointerés) y funcionalistas (internalización de valores), la teoría de la *narrative identity* sostiene que la gente actúa de una forma particular porque no hacerlo así «supondría una violación fundamental de su sentido del ser en un tiempo y lugar concretos» (1994: 67).

¹³ Si por contingencia se entiende —nos dice Giddens— que «las cosas podrían haber ocurrido de otra manera», el mismo fenómeno se aplica también a la historia de los objetos y eventos en la naturaleza (1987: 218-219). Por su parte, Gardin, criticando las tesis de PASSERON (1991), sostiene que las ciencias sociales no son las únicas que inscriben su objeto en el espacio y el tiempo. También la geofísica y la paleontología y otras, pero esta restricción no les aboca a una racionalidad diferente. La arqueología hoy, nos dice Gardin, «construye analogías entre dos observaciones hechas en contextos diferentes, pero que juzgamos emparentados de alguna manera, y este doble juego de relaciones —entre objetos de una parte, y contextos de otra— instituye tipologías generadoras de aserciones cuyo estatuto es evidentemente hipotético, hasta la prueba en contrario y nada más» (GARDIN, 1993: 154 y 157).

¹⁴ Sobre la teoría y aportaciones de Giddens acerca del tiempo son de indudable interés los artículos de McLENNAN (1990) y GREGORY (1990).

¹⁵ El problema de la ontología del ser social desde una reflexión acerca de las condiciones de posibilidades internas y a priori del objeto de la sociología ha sido abordado recientemente por NAVARRO (1994).

¹⁶ Los textos donde se establece esta conexión son muy numerosos. Citaremos algunos: «No hay sociología adecuada sin perspectiva histórica», afirma SZTOMPKA, y, por tanto, «toda sociología adecuada debe ser —al menos en cierto grado— sociología histórica» (1991: 69-70). «La historicidad del objeto es el principio de realidad de la sociología. El sociólogo no es sociólogo más que en la medida en que sin cesar es llamado al orden histórico» (PASSERON, 1991: 87). «Puesto que las estructuras siempre están cambiando, siempre deben ser estudiadas de un modo histórico» (LLOYD, 1988: 164). «Modos de explicación genéticos o históricos son en consecuencia indispensables para el análisis sociológico, dado que la temporalidad —no como una métrica homogénea sino como una percepción cultural definida— proporciona uno de los marcos esenciales del significado para la acción social» (BRYANT, 1994: 11).

¹⁷ Interpretar la clase social como una relación implica que no podemos capturarla mediante una narración puramente diacrónica de eventos, sino que debemos detenernos una vez tras otra para describir su estructura (SIWELL, 1990: 58).

¹⁸ En la obra de Somers y Gibson, se distingue entre narratividad referencial y narratividad conceptual. La primera es exclusivamente retórica o textual, mientras que la segunda es argumentativa, adecuada para las ciencias sociales, y se basa en la narrativa ontológica. «Nosotros llegamos a conocer, entender y producir sentido del mundo social mediante la narratividad y a través de las narrativas y la narratividad construimos nuestras identidades sociales. No importa si somos científicos sociales o sujetos de la investigación histórica, todos nosotros llegamos a ser quienes somos (...) ubicándonos en narrativas sociales raramente de nuestra propia hechura» (59). Por tanto, «si la narrativa es en efecto un rasgo constitutivo de la vida social como nosotros pretendemos, nuestro primer reto es desarrollar conceptos que nos capaciten para captar la narratividad a través de la cual la agencia es negociada, las identidades son construidas y la acción social mediada» (64). Cuatro rasgos fundamentales definen una narrativa relevante para las ciencias sociales: relacionalidad de las partes, *causal employment*, apropiación selectiva, temporalidad-secuencia y lugar (59). El argumento es la lógica o sintaxis de la narrativa, permitiendo diferenciarla de una simple crónica. Las narrativas conceptuales son conceptos y explicaciones que construimos como investigadores sociales, porque tenemos necesidad de un vocabulario para reconstruir y argumentar sobre el tiempo y espacio de las narrativas ontológicas.

¹⁹ El sistema narrativo de referencia se caracteriza, según Habermas, a partir de los conceptos fundamentales de la teoría de la acción y de las estructuras temporales de la narración, que son: narración como construcción de historias, diferencia temporal de los acontecimientos, diferencia de los horizontes temporales del narrador y de lo narrado, vinculación de la narración al punto de partida hermenéutico dentro de una perspectiva temporal, continuidad como construcción narrativa, carácter retrospectivo de la narración (HABERMAS, 1981: 185 ss). Véase también TOPOLSKY (1982) para un estudio amplio de la naturaleza de la narratividad en la historia.

BIBLIOGRAFIA

- AA.VV. (1986): *Historiens et sociologues aujourd'hui*, París, CNRS, 1986.
- ABRAMS, Ph. (1982): *Historical Sociology*, Somerset, Open Books.
- BANKS, J. A. (1989): «From universal history to historical sociology», págs. 521-543, en *The British Journal of Sociology*, 49, 4 diciembre.
- BLAIKIE, N. (1993): *Approaches to Social Enquiry*, Cambridge, Polity Press.
- BLOCH, M. (1952): *Introducción a la historia*, México, FCE.
- BOUDON, R. (1981): *La lógica de lo social*, Madrid, Rialp.
- (ed.) (1992): *Traité de sociologie*, París, PUF.
- BRAUDEL, F. (1991, 1^a ed. de 1969): *Escritos sobre historia*, México, FCE.
- BRYANT, J. M. (1994): «Evidence and explanation in history and sociology: critical reflections on Goldthorpe's critique of historical sociology», págs. 4-19, en *The British Journal of Sociology*, 45, 1 marzo.
- BURKE, P. (1988): *Sociología e historia*, Madrid, Alianza.
- (1993): *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1989*, Gedisa.
- CASANOVA, J. (1991): *La Historia Social y los historiadores*, Barcelona, Crítica.
- DEAN, M. (1994): *Critical and Effective Histories. Foucault's Methods and Historical Sociology*, Londres, Routledge.
- DOGAN, M. (1994): «Disgregación de las ciencias sociales y recomposición de las especialidades», págs. 37-53, en *Revista Internacional de las Ciencias Sociales. Balance actual de la sociología I. Fundamentos, procesos institucionales y Culturales*, 139.
- ELDRIDGE, J. y ELDRIDGE, L. (1994): *Raymond Williams. Making Connections*, Londres, Routledge.
- ELIAS, N. (1979): *El proceso de la civilización*, Madrid, FCE.
- (1988): *Sobre el tiempo*, México, FCE.
- FEBVRE, L. (1986): *Combates por la historia*, Barcelona, Planeta-Agostini.
- FONTANA, J. (1982): *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica.
- (1992): *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica.
- GARDIN, J. C. (1993): «Les embarras du naturel», págs. 152-165, en *Archives Européennes de Sociologie*, XXXIV, 1.
- GIDDENS, A. (1979): *Central problems in social theory*, Londres, Macmillan.
- (1984): *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*, Berkeley, California Press.
- (1987): *Social theory and modern sociology*, Cambridge, University Press.
- GIDDENS, A. y TURNER, J. (eds.) (1990): *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza.
- GINZBURG, C. (1981): *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnick.
- GOLDTHORPE, J. H. (1991): «The uses of history in sociology: reflections on some recent tendencies», págs. 211-230, en *The British Journal of Sociology*, vol. 42.
- (1994): «The uses of history in sociology: a reply», págs. 55-77, en *The British Journal of Sociology*, 45, 1 marzo.
- GREGORY, D. (1990): «Grand Maps of History: Structuration Theory and Social Change», págs. 217-233, en CLARK, J.; MODGIL, C. y MODGIL, S. (1990): *Anthony Giddens. Consensus and Controversy*, Londres, Falmer Press.
- HABERMAS, J. (1981): *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus.
- HALL, J. A. (1989): «They do things differently there, or, the contribution of British historical sociology», págs. 544-564, en *The British Journal of Sociology*, 40, 4 diciembre.
- HART, M. (1994): «John Goldthorpe and the relics of sociology», págs. 21-29, en *The British Journal of Sociology*, 45, 1 marzo.
- JULIA, S. (1989): *Historia Social/Sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI.
- KALBERG, S. (1994): *Max Weber's Comparative Historical Sociology*, Polity Press.
- *Historia Social*, 10 (dedicado a «Diez años de Historia Social»), 1991.
- *Historia Social*, 8 (dedicado a «E. P. Thompson»), 1994.
- KISER, E., y HETCHER, M. (1991): «The Role of General Theory in Comparative-Historical Sociology», págs. 1-30, en *American Journal of Sociology*, vol. 97, 1 julio.
- LIPENIES, W. (1988): *Between literature and science: The rise of sociology*, Cambridge, University Press.
- MANN, M. (1994): «In praise of macro-sociology: a reply to Goldthorpe», págs. 37-54, en *The British Journal of Sociology*, 45, 1 marzo.
- MARIAS, J. (1993): *La estructura social*, Alianza, Madrid.
- MCLENNAN, G. (1990): «The Temporal and the Temporizing in Structuration Theory», págs. 131-142, en CLARK, J., MODGIL, C., y MODGIL, S. (1990): *Anthony Giddens. Consensus and Controversy*, Londres, Falmer Press.
- METZ, J. B. (1979): *La fe en la historia y en la sociedad*, Madrid, Cristiandad.
- MOUZELIS, N. (1994): «In defence of "grand" historical sociology», págs. 31-36, en *The British Journal of Sociology*, 45, 1 marzo.
- NAVARRO, P. (1994): *El holograma social. Una ontología de la sociedad humana*, Madrid, Siglo XXI.
- PASSERON, J. C. (1991): *Le raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel*, Nathan.
- RAMOS, R. (1992): *Tiempo y sociedad*, Madrid, CIS.
- (1993): «Problemas textuales y metodológicos de la sociología histórica», págs. 7-28, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 63.
- (1994): «Del aprendiz de brujo a la escalada reflexiva: el problema de la historia en la sociología de Norbert Elias», págs. 27-54, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 65, enero-marzo.
- Revista de Occidente*, 152 (dedicado a «La invención de la historia. Diez historiadores de nuestro tiempo»), enero 1994.
- Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 133 (dedicado a «La sociología histórica. Debate sobre sus métodos»), septiembre 1992.
- RICOEUR, P. (1987): *Tiempo y narración I: Configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, Cristiandad.
- ROSEN, G. (1974): *Sociología histórica de la enfermedad mental*, Madrid, Alianza.
- SAAVEDRA, L. (1993): «La sociología histórica», págs. 513-550, en LAMO DE ESPINOSA, E., y RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, J. E. (1993): *Problemas de teoría social contemporánea*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- SEWELL, W. H. JR. (1990): «How classes are Made: Critical Reflections on E. P. Thompson's Theory of Working-class Formation», págs. 50-77, en KAYE, H. J., y McCLELLAND, K. (eds.) (1990): *E. P. Thompson. Critical Perspective*, Cambridge, Polity Press.
- SKOCPOL, Th. (1991): «Temas emergentes y estrategias re-

- currentes en sociología histórica», págs. 101-134, en *Historia Social*, 10 (dedicado a «Diez años de Historia Social»), 1991.
- SMELSER, N. J. (1994): *Sociology*, Oxford, Blackwell.
- SOMERS, M. R., y GIBSON, G. D. (1994): «Reclaiming the Epistemological "Other": Narrative and the Social Constitution of Identity», págs. 37-99, en CALHOUN, G. (ed.) (1994): *Social Theory and the Politics of Identity*, Cambridge, Blackwell.
- SMITH, D. (1991): *The Rise of Historical Sociology*, Cambridge, Polity.
- STONE, L., y HOBBSBAWM, E. (1983): «La historia como narrativa», págs. 91-110, en *Debats*, 4.
- SZTOMPKA, P. (1991a): «La ontología del llegar a ser social. Más allá del individualismo y el holismo», págs. 33-74, en GONZÁLEZ DE LA FE, T. (ed.) (1991): *Sociología: Unidad y diversidad*, Madrid, CSIC.
- (1991b): *Society in Action. The Theory of Social Becoming*, Cambridge, Polity Press.
- (1994): *The Sociology of Social Change*, Oxford, Blackwell.
- THOMPSON, E. P. (1995): *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica.
- TILLY, Ch. (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza.
- TOPOLSKY, J. (1982): *Metodología de la historia*, Madrid, Cátedra.
- VEYNE, P. (1984): *Cómo se escribe la historia*, Madrid, Alianza.
- VILAR, P. (1981): *Iniciación al vocabulario de análisis histórico*, Barcelona, Crítica.
- WALLERSTEIN, I. (1991): *Unthinking Social Science. The limits of the Nineteenth-Century paradigms*, Polity Press.
- WILLIAMS, R. (1981): *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona, Paidós.

